

José Fierro

MADRE FUNDADORA

La señora Elmina Paz de Gallo que nació domínica y así fué toda su vida, tiene que figurar en la historia como dama de primera magnitud en la constelación de las nobles patricias tucumanas. Si doña Agueda Tejerina de Posse pudo idear la manera de formar y enviar el contingente de soldados tucumanos que en 1807 tomó parte en la defensa de Buenos Aires; si doña Fortunata García de García se tragó una carta para salvar la lista de los revolucionarios de 1834 y rescató después la cabeza del mártir para darle sepultura cristiana, no superan la obra de Elmina Paz de Gallo, quien, impresionada por los espantosos estragos del cólera, transformó su casa en asilo salvador de los huérfanos y fundó una congregación de Terciarias Domínicas para hacer obra perpetua de refugio de huerfanitos y arrebatarse al demonio tantas almas que hubieron de ser larvas de futuras viciosas.

El tremendo flagelo del cólera, al terminar el año 1886 y comenzar el de 1887 sembró espanto en la ciudad de Tucumán y la muerte asentó su guadaña con furia en todos los hogares. La gente huía despavorida y se produjeron espectáculos conmovedores de cobardía, y también algunos de valor y abnegación. El doctor Alberto de Soldati escribió y publicó una narración de lo mucho que él vió como médico y observador del más negro cuadro ocasionado por el cólera. Con ejemplos reales, pinta la acción de los médicos que constituyeron la Asistencia Pública y recorrían la ciudad solitaria en busca de dolientes a quienes asistir. Ancianos médicos que ya disfrutaban de merecido descanso, retornaron a la actividad y más de uno pasaron en la Asistencia Pública noches y noches, de pié, sin dormir, a disposición de los enfermos. El valor demostrado por la juventud en servicio de la Cruz Roja y el arrojado de nueve italianos voluntarios que se multiplicaban como cien, se pusieron a las órdenes de los médicos, prestaron en todas partes los más admirables servicios y todos eran anónimos y se llamaban en un mismo nombre <<unitario italiano>>. Hubo un mártir, Juan Puccini.

Encanta leer lo que cuenta y nos hace recordar el doctor Soldati respecto de los servicios prestados tanto por los médicos, como por las hermanas de caridad (las Hermanas del Huerto eran entonces las únicas), por los sacerdotes que hasta de enfermeros sirvieron y ayudaron a los médicos.

Y como, por la magnitud del desastre, no bastó la beneficencia tucumana, las familias tucumanas residentes en Rosario y en Buenos Aires se organizaron y recolectaron toda clase de recursos para aliviar las desgracias de la epidemia.

En ese tristísimo campo de desolación, apareció un oasis providencial. Por inspiración propia, y alentada por las sabias reflexiones y prudentes consejos de su mentor y director espiritual, el padre Angel M. Boisdron, la señora Elmina Paz de Gallo se consagró al Señor Dios de la Salud, cuya pequeña imagen la acompañó toda su vida hasta su muerte y es hoy la más valiosa reliquia de su celda convertida en santuario. La señora Elmina recibió en su mansión señorial a todas las huérfanas que pudo recolectar, las adoptó por hijitas suyas y les sirvió de madre y ángel salvador, y con tanto cariño y abnegación que de esta sublime dedicación nació, como bendición celestial la Congregación de las Hermanas Terciarias Domínicas del Dulce Nombre de Jesús, institución

netamente argentina y tucumana. Y con sobrados recursos para su mantenimiento. La señora Elmina cambió su nombre y, como esposa de Cristo, se llamó Sor Dominga del Santísimo Sacramento. Y la siguieron un respetable número de señoras y niñas que se desprendieron de la sociedad y se arrancaron de sus familias para ir a formar el hermoso ramillete con que la Madre Dominga fundó la flamante congregación de hijas de Santo Domingo, que vistieron el hábito de pureza y penitencia el 15 de enero de 1888 para profesar un año después y dedicarse a la protección y educación de la niñez, tal como la Madre Fundadora que renunció a su alta alcurnia y dedicó toda su fortuna al mantenimiento de su obra de bien, servicio de Dios y piadosa caridad. Bendita sea la hora en que la Madre Fundadora concibió y dio vida a tan santa y benéfica institución.

La mansión de la Fundadora fue el primer convento hasta que terminada la Casa Madre, se trasladaron las Hermanas y dieron ensanche al Asilo del Dulce Nombre de Jesús.

He tenido la dicha de conocer en la vida social, y mejor en el claustro a la Madre Fundadora y me creo capacitado para valorar su obra. En mi devoción de <<Los Quince Sábados del Santísimo Rosario>>, cada año las tengo más patente y la encuentro más semejante a Santa Catalina de Sena, y se avivan en mi memoria sobradas anécdotas para ilustrar cada uno de los misterios y para comentar en cada uno de los sábados de la corona.

Como a Santa Catalina, el Señor presentó a la Madre Dominga las dos coronas, la de oro y la de espinas que debería llegar sucesivamente en su cabeza. Con santa resignación tomó la de espinas, la cual la obligó a cambiar de rumbo en la reglamentación de su convento y asilo. Y hubo que trabajar para el público y ganar para la subsistencia. Dios la premió y se multiplicaron las casas y en muchas ciudades argentinas encontramos simpáticos colegios y asilos regenteados por las Terciarias Dominicas de Tucumán, casas que atraen y entusiasman por los valiosos servicios que prestan a la niñez desvalida y en los colegios que dirigen con rumbo a la gloria de Dios.

La celebración del centenario del natalicio de la Madre Fundadora ha sido como pascua de alegría en todos los asilos y colegios y sobre todo en la Casa Madre en Tucumán. Magníficas comuniones y funciones religiosas, pontifical y Tedeum en el Templo de Santo Domingo y finalmente la inolvidable apoteosis de cuadros vivos con que se clausuró la celebración de la fausta fecha.

Las rosas tienen espinas y las Hermanas Domínica, tras de sus justas alegrías, tuvieron el dolor de la muerte de su Madre de novicias que voló al cielo y arrastró luego a su señor padre, el ilustre ciudadano doctor José Frías Silva a quien Dios tenga en su santo reino. Dios sea bendito.

J. R. Fierro

Libro Centenario del Nacimiento de 1933

Páginas 90 - 92

